

MS. 207
1079/
c 1

Viernes 17 de Noviembre de 1922

LA BUENA ESTRELLA

Desde hace dos años no hay desdichas durables. Para algo tenemos un Presidente con tan buena estrella.

Comenzó en 1920 la campaña presidencial. La mitad del público creía de buena fe, que no había desgracia peor que la candidatura del señor Barros Borgoño y la otra mitad que la candidatura del señor Alessandri.

Pero, nada hay permanente. Subió éste a la Presidencia, y las dos mitades se pusieron de acuerdo en que todo lo anterior era tortas y pan pintados, comparado con lo que comenzaba a suceder.

A los dos meses la desesperación subió de puntos y personas razonables pensaban, ya, en el suicidio, por sentirse incapaces de soportar por más tiempo de desgobierno, la degollina de empleados, los discursos y las amenazas al Senado.

Pero vino el nuevo régimen, con su cortejo de calamidades, y si no llega la renovación de valores, que hizo olvidar al propio nuevo régimen, estas la hora en que el país está difunto.

Se creyó entonces tocar la cúspide de la mala suerte; se dudaba de todo, hasta de la buena estrella del señor Alessandri; pero, ésta permanecía todavía inalterable. La prueba es que en seguida vino la crisis salitrera y la creación de los albergues, que, llamando la atención hacia el dolor presente, extendió un velo piadoso sobre los pasados dolores.

Con crisis y con albergues, parecía imposible la existencia.

La buena estrella seguía, no obstante, iluminando todavía a la República.

La cuestión de los ferrocarriles salitreros, distrajo la opinión siquiera por unos cuantos días, y borrando las fatídicas sombras del pretérito, dió al público las fuerzas necesarias para hacer frente a los horrores del presente.

No duró mucho la angustia. El tifus exantemático, la viruela y la Dirección de Sanidad, se encargaron de enseñar al buen sentido, que había calamidades mayores que las sufridas hasta entonces.

La desesperación subió de punto y se negó resueltamente a voz en cuello, que el Presidente tuviera buena estrella.

Profundo error. El astro se mantenía en todo su esplendor y bajo sus auspicios el Gobierno inició una ofensiva diplomática para arreglar la cuestión con el Perú.

La ofensiva, que puso carne de gallina en los caracteres menos templados y valientes, resultó amable y dulce comparada con la discusión del Protocolo, que sólo ha podido ser tolerada y olvidada, gracias a la oportuna y brillante "reprise" del tifus exantemático.

El horror de la epidemia ha sido contrarrestado sólo por el terremoto.

La buena estrella no nos abandona.

¿Qué vendrá ahora para hacernos olvidar semejante cataclismo?

¡Quién sabe! Pero estamos seguros que esta alucinante fatalidad tampoco será durable.

Vendrá otra peor, sin duda alguna.

La buena estrella del Presidente sigue brillando en el cénit.